

DÍEZ RODRÍGUEZ, Fernando. *La imaginación socialista. El ciclo histórico de una tradición intelectual*, Madrid, Siglo XXI, 2016, 191 pp.

«Quien no se atreva a ir más allá de la realidad,
jamás conquistará la verdad»

F. Schiller, *Cartas sobre la educación estética del hombre*

Fernando Díez Rodríguez es profesor de historia contemporánea en la Universidad de Valencia. Viene ocupándose de estudiar, desde hace años, la idea de trabajo en la Modernidad, un asunto del que se ha convertido, a mi parecer, en una referencia inexcusable. El inicio de esta línea de investigación se remonta al menos a la publicación de *Utilidad, deseo y virtud. La formación de la idea moderna del trabajo* (2001), continúa con *El trabajo transfigurado. Los discursos del trabajo en la primera mitad del siglo XIX* (2005) y culmina con *Homo faber. Historia intelectual del trabajo, 1675-1945* (2014). La primera parte de esta ambiciosa obra rastrea los orígenes del concepto moderno de trabajo y abarca el período histórico (1675-1789) que Díez Rodríguez había ya abordado en su obra de 2001. La segunda parte se ocupa de las metamorfosis que sufre dicha idea de trabajo a raíz de la proliferación de discursos críticos de distinto signo, en el período histórico (1789-1850) ya tratado en la obra de 2005. El libro se cierra con una tercera parte (1850-1945) dedicada a los discursos del trabajo exaltado, así como a los primeros síntomas de la reducción del trabajo a empleo, que se consolidará en la segunda mitad del siglo XX.

El libro que aquí reseñamos, *La imaginación socialista. El ciclo histórico de una tradición intelectual* (2016), está sin duda conectado con las obras anteriores, pero abre a su vez una nueva senda. Habrá que esperar para saber si acabará o no formando parte de un proyecto más amplio. Al igual que sucedía con *Homo faber*, se trata de una historia de las ideas políticas. De todas formas, el punto de vista es, en ambos casos, el de un historiador. Esto se observa, por ejemplo, en la importancia que el autor concede a la delimitación temporal y espacial de los procesos estudiados. También en la forma de articular la exposición de las ideas: asociándolas siempre a un autor en particular y no extrayendo de ellas conclusiones excesivamente ambiciosas o formuladas desde nuestras preocupaciones presentes. El propio Díez Rodríguez señalaba en *Homo faber*, a este respecto, que su intención no era tanto ofrecer una historia de la *idea* o el *concepto* de trabajo, sino elaborar una historia *intelectual* del trabajo; esto es, trazar un recorrido a través de los discursos que mejor expresan el sentido y la función que se otorgan al trabajo en cada contexto epocal. Se podría decir que, de un modo similar, *La imaginación socialista* es una historia intelectual de esta corriente de pensamiento, un repaso de las figuras que conforman las líneas maestras del armazón teórico del socialismo.

¿Pero a qué se debe entonces la referencia en el título a la «imaginación»? ¿El libro se ocupa realmente de ella o más bien traza los elementos centrales de la tradición intelectual socialista? ¿Es acaso la imaginación socialista algo distinto de la razón socialista? Esperamos no excedernos en nuestra tarea si decimos unas palabras sobre el asunto, antes de pasar a

comentar más propiamente el contenido de la obra. En un primer momento, la delimitación del concepto de imaginación no presenta muchas facilidades. La razón, otro término esquivo, se opone al menos a lo irracional. ¿A qué se opone la imaginación? ¿A la realidad? ¿No deriva acaso de ella? Podríamos quizás decir que se opone a lo frío, a lo gris, a lo que no se mueve... Pero esto no termina de sernos de ayuda. Examinemos, pues, la idea de imaginación con algo más de detalle.

En su uso cotidiano, el término «imaginación» se usa como sinónimo de «creatividad», o bien para aludir a lo irreal o ilusorio. Ambos usos, aunque son distintos, están relacionados entre sí y hasta pueden llegar a mezclarse. En el lenguaje filosófico sucede algo similar. El concepto se ha empleado, también, en dos sentidos que se entrecruzan: la imaginación puede ser la capacidad de producir imágenes de una cosa no presente (pasada o futura), o una mera fuente de errores epistémicos. Esta última ha sido, seguramente, la concepción dominante, representada de forma paradigmática por Descartes. Por el otro lado, probablemente sea Hume quien más y mejor ha insistido en las virtualidades de la actividad imaginativa, rechazando la visión cartesiana de la misma como una facultad radicalmente distinta de la razón.

Este no es, con todo, el sentido del concepto de imaginación en el libro. De hecho, si tuviéramos en cuenta solamente este significado, no cabría hablar de «imaginación socialista», puesto que imaginación es aquí, simplemente, una capacidad humana. La obra no se ocupa de la *actividad* imaginativa en cuanto tal, sino del *producto* de dicha actividad. El producto de la actividad imaginativa, si se desarrolla suficientemente, es un conjunto más o menos coherente de imágenes: un imaginario. Cabe señalar que esta idea de imaginación como conjunto de imágenes estaba ya presente –aunque no de forma tan explícita– en *Homo faber*, especialmente cuando Díez Rodríguez hacía un repaso de las distintas *figuras* del trabajo moderno.

Ahora que ya hemos aclarado mínimamente de qué imaginación estamos hablando, falta explicar en qué sentido esta se relaciona con el socialismo y da lugar a la «imaginación socialista». Comencemos diciendo que el socialismo está especialmente ligado a la creación de imaginarios, a diferencia de otras tradiciones intelectuales. Por supuesto que toda ideología política o social es más atractiva en la medida en que es imaginativa, pero el socialismo está conectado a la imaginación de manera diferente: la necesita, depende de ella. En el momento en que se enfría la imaginación, el socialismo se agota. Esto es así porque las imágenes ayudan a la razón a poner de relieve las injusticias del presente y, a su vez, alimentan la utopía, le dan cuerpo y la convierten en una alternativa deseable.

Ahora bien: el socialismo, como es sabido, no es una tradición homogénea, por lo que es de esperar que no se sirva de un único imaginario, sino de múltiples. Como señala el autor: «el socialismo es un anticapitalismo con diversas formas, más o menos contundentes y explícitas, de plasmarse. Además de esto es también la propuesta de una nueva forma de sociedad completamente diferente al tipo de sociedades existentes. De igual manera que hay diversas formas de anticapitalismo, también las hay de presentar la imagen de lo que debería ser la sociedad socialista» (pp. 12-13). La pretensión del libro es dar cuenta de esta diversidad, pero también mostrar las conexiones entre los distintos imaginarios socialistas, para poder responder a la pregunta (que seguramente sirve de guía al conjunto de la obra): «¿Tiene la imaginación socialista un espíritu definido que nos permita caracterizarla con alguna precisión?» (p. 12). Díez Rodríguez ofrece una primera respues-

ta poco después: «la imaginación socialista es la instauración de una nueva organización económica, social y política que vendría a dar respuesta a los muchos y graves problemas de las sociedades presentes que se achacan al capitalismo, sistema económico al que se caracteriza por una honda e incorregible desigualdad económica y se califica como intrínsecamente injusto e inhumano» (p. 13).

Es decir: el socialismo consiste básicamente en *criticar* lo existente para *proponer* algo diferente. Como veremos, esta distinción entre imágenes *negativas* o de *sufrimiento* –que ponen de relieve la injusticia del presente– e imágenes *positivas* o de *liberación* –que apuntan a la posibilidad de una sociedad alternativa– es una de las ideas rectoras del libro, que sirve para estructurar la exposición de los diversos autores. En cualquier caso, esta diferenciación no debe ser entendida de forma dicotómica: estos dos componentes o momentos del socialismo, el negativo y el positivo, no son totalmente separables. No solo porque la crítica –incluso la más immanente, la que solo persigue agudizar las contradicciones del presente– tenga siempre un objetivo –por muy oculto que permanezca–, sino también porque la forma concreta de criticar el capitalismo (la forma que adopta la imaginación anticapitalista) influye en la forma de concebir la sociedad socialista. Si la crítica se dirige al capitalismo y al mecanismo de la explotación, la alternativa será básicamente una forma diferente de organizar la economía. Si la crítica se centra en la sociedad burguesa y la corrupción social, en la alternativa ocuparán un lugar central los aspectos culturales y morales.

El libro se divide en dos partes principales, de longitud e importancia decrecientes, a medida que se va apagando la imaginación socialista. La primera parte (pp. 21-127) se corresponde con la «edad de la fuerza» y se divide en cinco capítulos, dedicados a Fourier, Cabet, los atelieristas, Proudhon y Marx. En las utopías de los dos primeros, una somera doctrina del anticapitalismo da pie a una extensa presentación de las características propias del socialismo. En los demás, hay muchas más reservas, y señaladamente en Marx, a la hora de dejarse llevar por la imaginación de la sociedad futura. De todas formas, Díez Rodríguez insiste en que, a pesar de estas variaciones en la importancia de la dimensión negativa respecto a la positiva, en todos los casos estamos ante una «imaginación socialista pletórica».

La imaginación negativa de Fourier está centrada en la represión y corrupción que la civilización ejerce sobre las pasiones humanas. Su alternativa es *Armonía*, un acabado «artefacto» producto de una imaginación detallista y desbordante. Se trata de una organización social minuciosamente regulada que posibilita, a partir de unos mínimos universales asegurados a todos, el pleno desarrollo de las desiguales pasiones humanas en todos los ámbitos de la vida humana, desde la comida al trabajo, pasando por el sexo y el amor.

La imaginación negativa de Cabet, en cambio, pone el foco en la desigualdad, que pasa a ser considerada la causa primordial de todos los vicios y desgracias sociales. Su alternativa es la instauración de una comunidad igualitaria y fuertemente unitaria, en la que los conflictos individuales desaparecen gracias a la extensión de la virtud comunista, propia de un ser humano esclarecido capaz de anteponer el bien social al suyo propio.

Díez Rodríguez se ocupa a continuación de *L'Atelier, organe spécial de la classe laborieuse*, un periódico obrero publicado en París entre 1840 y 1850 e inspirado en las ideas de reforma social de Philippe Buchez, cuyo neocatolicismo tenía una notable influencia de Saint-Simon. La imaginación negativa de los atelieristas está centrada en una clase burguesa materialista y

egoísta, a la que se opone la miserable condición de la clase obrera. Su imaginación positiva gira en torno a la figura de los artesanos, entendidos como un grupo de individuos de gran altura moral que asumen el compromiso de crear –a través del esfuerzo y la abnegación– una nueva sociedad, la asociación obrera, en la que una reorganización profunda de la producción convive con la conservación de la fe religiosa, el amor a la patria y el respeto a la familia.

En Proudhon la imaginación negativa se sofisticada, tomando la forma de un riguroso análisis de la propiedad capitalista y del irreductible conflicto entre capital y trabajo. Su imaginación positiva destaca por la idea, ausente en los teóricos anteriores, de que el socialismo solo será posible mediante una transformación revolucionaria, hecha enteramente desde la clase obrera. Esta revolución está dirigida a la implantación de una sociedad autogestoria y mutualista, a la que Proudhon denomina «democracia industrial», y en la que será posible una feliz combinación entre maquinismo y trabajo artesanal.

En la imaginación negativa de Marx pierden relevancia las dimensiones psíquicas y morales que estaban presentes en los socialismos anteriores y alcanza una posición hegemónica el análisis económico de tipo estructural. A través de una elaborada crítica de la economía política, Marx pone de manifiesto las contradicciones endógenas del modo de producción capitalista, que terminarán por llevarlo a la tumba. La imaginación positiva, en consonancia, no consiste ya en el desarrollo de una forma de vivir alternativa, sino que se limita a unos esbozos de socialismo, entre los que destaca su idea de la dictadura del proletariado como fase de transición revolucionaria hacia el socialismo (que nada tiene que ver, sin embargo, con la teorizada después por Lenin) y la concepción del socialismo como reducción al máximo del «reino de la necesidad» y consecuente extensión del «reino de la libertad».

La segunda parte del libro (pp. 131-169) estudia el «cambio decisivo» que tiene lugar con la aparición a finales del siglo XIX del marxismo de la socialdemocracia (Kautsky) y su temprana crisis, provocada por el revisionismo de Bernstein y el marxismo-leninismo. Este cambio da lugar a una «imaginación socialista enfriada», en la que la importancia de la agencia humana cede el paso a una visión científicista del cambio social. Díez Rodríguez insiste en que este enfriamiento de la imaginación socialista no tiene que ver tanto con un abandono de la vertiente propositiva, ni tampoco con la primacía del análisis económico frente a otras dimensiones de la realidad (ambos aspectos ya presentes en Marx), sino más bien con una rebaja de las expectativas. El socialismo empieza, de un modo u otro, a no ser entendido prioritariamente como anticapitalismo. Frente al atrevimiento de unos socialismos que pretendían una completa reordenación del mundo conocido, los socialismos del cambio decisivo restringen el campo de las transformaciones posibles. Se produce el paso, en definitiva, del «paradigma social» al «paradigma político», en el que las relaciones entre socialismo y Estado pasan a ocupar un lugar central.

La imaginación negativa del marxismo «ortodoxo» se caracteriza, fundamentalmente, por la transformación de la crítica de Marx en una «ciencia» de la evolución social, que pone de manifiesto la necesidad histórica del agotamiento del capitalismo. Esta concepción reduce las posibilidades de acción a una mejor organización política en torno al partido y al progreso por la vía reformista, a la espera de que la situación esté lo suficientemente madura para el momento de la inevitable revolución. En consonancia, la imaginación

positiva está poco desarrollada, considerándose que la socialización de la economía será un proceso relativamente sencillo una vez llegue el momento oportuno, posibilitado por el propio desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo.

La imaginación negativa de Bernstein –muy influenciada con la conciencia de que el modo de producción capitalista muestra una gran capacidad de adaptación a la incipiente sociedad de consumo de masas– rompe con la tesis de la inevitabilidad del derrumbe del capitalismo y defiende el reformismo como la única estrategia posible para la instauración del socialismo. Su imaginación positiva consiste en un «socialismo ético», un modo de vida específico que se alcanza tras un largo proceso de transición y gracias al convencimiento mayoritario de su justicia y deseabilidad.

La imaginación negativa de Lenin, indisolublemente ligada a su actividad revolucionaria, se basa en la negación de la idea (defendida por el marxismo ortodoxo) de que primero es necesario hacer la «revolución política» para después, una vez implantada la democracia, alcanzar la «revolución socialista». Su imaginación positiva consiste en un Estado reforzado al extremo, con carácter impositivo y represivo, controlado por el partido representante de los intereses del proletariado. Esta pervivencia y reforzamiento del Estado y su «derecho burgués» se entienden como una fase transitoria, llamada «socialismo», que precede a su posterior (y añade Díez Rodríguez: harto difícil de imaginar) extinción y al consecuente advenimiento definitivo del «comunismo».

Vemos así que el *núcleo* del ciclo histórico de la tradición socialista se reduce, según nuestro autor, a la Europa decimonónica. Díez Rodríguez liga simbólicamente el comienzo de este periplo a la aparición, en 1808, de la *Teoría de los cuatro movimientos* de Fourier, mientras que su final lo sitúa al término de la Primera Guerra Mundial, cuando ya están presentes las formas principales de socialismo propias del siglo xx. En el libro se afirma que estas variantes de socialismo entran, desde finales de la Segunda Guerra Mundial, en un proceso de crisis, resultado del «debilitamiento, cuando no la negación, de la condición histórica del socialismo como anticapitalismo y como fundador de un nuevo tipo de sociedad y un nuevo estilo general de vida» (p. 14), es decir, resultado del abandono de un imaginario realmente ambicioso tanto en su vertiente negativa como positiva.

Este «desenlace» es tratado en la tercera parte del libro, que tiene una importancia menor (pp. 173-188). Se corresponde, como decíamos, con las distintas formas de la socialdemocracia y el comunismo de la segunda mitad del siglo xx, en las que la imaginación socialista se encuentra ya congelada, en buena medida debido a la influencia global de la URSS. Obsérvese que hay un salto entre el final de la Primera Guerra Mundial, con el que termina la segunda parte, y el final de la Segunda Guerra Mundial, con el que empieza esta tercera parte. Es decir: el libro no se ocupa del período de entreguerras. El motivo es, como ya hemos señalado, que el análisis de la imaginación socialista termina en 1918, siendo la tercera parte un mero capítulo adicional que hace las veces de conclusión.

Ahora bien: ¿termina realmente el *núcleo* del ciclo histórico del socialismo en 1918? Díez Rodríguez, como ya hemos dicho, opina que sí. Su tesis, recordémoslo, es que las formas principales del socialismo del siglo xx, con sus contradicciones, limitaciones y fuerza decreciente (que desembocan en su crisis definitiva a mediados de la década de los 50), están ya presentes, aunque solo sea germinalmente, al final de la Primera Guerra Mundial. Es sin

duda una tesis arriesgada, pero que el autor sabe defender. De todas formas, no podemos dejar de apuntar que tal vez sería conveniente tener en cuenta la especificidad del sistema político de entreguerras y el papel que jugó en su configuración la socialdemocracia de la época, cuyas aspiraciones eran probablemente mayores que las del socialismo post-45. De la misma época es además otro socialismo peculiar, pero sin duda especialmente imaginativo, como es el de Walter Benjamin, quien se propone la creación de «imágenes dialécticas» como antídoto frente a las «fantasmagorías» del capitalismo.

En fin, esperamos animar con esta reseña a la lectura de este entretenido ensayo. En lo que se refiere al gremio de los filósofos del derecho, nuestra intención ha sido no solo dar a conocer la obra que ahora nos ocupa, sino también al propio autor. Tanto la filosofía política como la filosofía del derecho se enriquecen cuando realizan sus análisis teniendo en cuenta las investigaciones históricas, y mucho más cuando estas aportaciones tienen que ver, como es el caso, con la comprensión de procesos vastos y complejos, con profundas implicaciones en nuestra forma de comprender el mundo. El libro puede interesar mucho, también, al lector ajeno a la academia: sin abandonar el rigor y la profundidad, es una obra breve y amena, escrita en una prosa atractiva.

Ya para finalizar, conviene realizar una advertencia: para nuestro autor, que el ciclo histórico del socialismo se haya cerrado hace tiempo no es una llamada a la desesperanza, sino a la renovación. *La imaginación socialista* es una obra que permite intuir el tipo de socialismo por el que aboga Díez Rodríguez. Un socialismo que no tenga miedo a cuestionar las dimensiones de la realidad más sedimentadas en el imaginario colectivo, ni tampoco a concebir formas alternativas de organizarlas; que no se acomode en posiciones puramente defensivas, sino que someta a escrutinio el espectro de temas más amplio posible. Nuestro sistema económico y social actual resulta poco creíble, en los últimos tiempos andamos sobrados de procesos que lo confirman. Pesa sobre el socialismo la responsabilidad de contribuir a que este descontento no produzca más imágenes de muros y exclusión, sino deseos de emancipación y justicia.

Pablo SCOTTO BENITO
Universitat de Barcelona